

alimentación, no puede substituir enteramente a las substancias grasas, y de aquí, que los padres no sólo deben proporcionar a sus hijos suficiente cantidad de dulces, sino que han de procurar también que no dejen de tomar la necesaria cantidad de grasa, y con dicho fin hay que obligarlos a comer mantequilla, aceites, carnes o nueces, siendo estas últimas de gran utilidad para aquellas criaturas que experimentan cierta repugnancia hacia las carnes, pues muchas nueces, como se sabe, pueden suministrar grandes cantidades de aceite.

El valor alimenticio del azúcar, puede decirse que quedó bien demostrado mediante los trabajos publicados por dos prominentes escritores en el *British Medical Journal*. El doctor Goulston, publicó en dicho periódico, en marzo de 1911, una interesante comunicación sobre «Los benéficos efectos recibidos directamente por la digestión al administrar el azúcar como alimento en ciertas formas de enfermedades del corazón» y de igual

modo, en el número correspondiente al 1º de abril de 1911 de dicho periódico, aparece un notable trabajo sobre «El uso terapéutico del azúcar» escrito por Sir James Sawyer, quien durante varios años ha empleado dicho agente con extraordinario éxito en el tratamiento de diferentes procesos patológicos. En todos los desórdenes que debilitan el organismo, como también en la anemia, variedades adinámicas del reumatismo, y con especialidad, en las manifestaciones neurasténicas de personas neuróticas, el referido autor dice que administró durante largos períodos el azúcar de caña con marcados beneficios, pues al aumentar el peso y fuerzas de los pacientes, no parecía actuar como un mero nutritivo, sino que debía considerarse como un poderoso tónico en todo el sentido de esta palabra. Sir James Sawyer prescribía a sus enfermos unos 500 gramos de azúcar diarios, encargándoles que lo comieran en cualquier hora del día o de la noche, exceptuando aquellas que precedían a las comidas.—AD.

De todo y de todos

¡Trabajemos de día!—Con esta expresión seguimos respondiendo a cuantos—más o menos bien intencionados—nos invitan a estudiar a obscuras y a tientas los fenómenos más complejos de la fisiología humana. Jamás, mientras conservemos nuestra virilidad, daremos otra respuesta. Estamos completamente convencidos de que la ciencia actual debe sus maravillosos triunfos a la aplicación de ese principio, tan hermosamente expresado a fines del siglo XVI por Francisco BACON: «La exacta concepción de la experiencia no consiste en imitar los tanteos de un hombre que busca al azar su camino en la obscuridad en vez de esperar la aurora o de encender una luz... La experiencia exige primero un arreglo metódico y de ningún modo caótico de los hechos, en seguida viene la deducción de los principios, punto de partida de nuevas investigaciones».

Del Esfinge a Cristo.—Nada queremos fuera del terreno de las ciencias positivas, repetimos. Sin embargo, a guisa de pasatiempo y en honor de un amigo que veneramos, traducimos textualmente un trozo del prefacio de la recientísima nueva obra de Eduardo Schuré *L'Evolution divine: du Sphinx au Christ* (París, librería Perrin), continuación y complemento de la famosa *Grands Initiés* del mismo autor, en la cual dejaba ya entrever en el esoterismo heleno-cristiano de los primeros siglos «un preludio a la síntesis de la Religión, de la Ciencia y del Arte, que es el problema de hoy y la tarea de mañana»:

«En mis *Grandes Iniciados*, había yo tenido en cuenta y había hecho justicia al movimiento de la teosofía neo-budista, que nos ha revelado, aunque a veces en forma algo turbia, la existencia actual del esoterismo en